

Emergencia en convivencia escolar: una tarea pendiente

●Señor director:

Los hechos de violencia que hemos visto en los últimos días, como los ocurridos en Calama, Curicó y Providencia, nos remueven y nos invitan a tener una mirada más reflexiva respecto a lo que viven en su cotidianidad nuestros niños, niñas y adolescentes. Frente a estas situaciones, es natural que surjan propuestas más duras o medidas inmediatas, sin embargo, es imperativo abordar el problema con mayor profundidad para poder trabajar a través de un mecanismo que logre mermar las conductas de violencia temprana desde su origen.

El progresivo deterioro de la salud mental de nuestros estudiantes es innegable: según Unicef, las consultas de salud mental infanto-juvenil aumentaron un 88% en los últimos años, cifra que se evidencia en los conflictos de convivencia escolar e impacta de manera directa en nuestras aulas.

Detrás de cada estudiante existe una historia, un contexto y un ambiente sociofamiliar que otorga un escenario, el cual debemos considerar no solo para ser abordado en su particularidad, sino que también, para poder actuar de manera coherente y efectiva en un trabajo mancomunado entre familia y colegio.

El desafío es compartido, tanto el núcleo familiar como el establecimiento educativo son protagonistas y agentes activos del desarrollo de niños, niñas y adolescentes en proceso de for-

mación, y ambos, tienen un rol clave en construir entornos donde se establezcan límites, espacios de contención, escucha y acompañamientos sistemáticos.

No hay duda de que tenemos en frente una gran tarea para poder revertir este complejo escenario que tiene a nuestras comunidades educativas altamente desafiadas. Hoy menos que nunca podemos dejar esta tarea pendiente.

María José Howard Irrarrázaval, directora de Salvaguarda de la red de colegios Cognita

No era un monstruo

●Señor director:

Mientras algunos medios repiten sin cesar “el asesino” o “el monstruo de Calama” para referirse al estudiante que el 27 de marzo mató a una inspectora e hirió a otras cuatro personas en el Instituto Lezaeta de Calama, ningún panel de televisión de los que hoy claman por más mano dura ha rescatado la declaración que hace un compañero de colegio en el diario El Nortero: “No era un monstruo, es el amigo más dulce que he tenido. Estaba herido. Merecía ayuda mientras nadie se preocupaba por él”.

La tragedia que enluta a esa comunidad educativa es el final de una cadena larga de alertas que nadie atendió a tiempo. De hecho, las palabras del compañero expresan que lo ocurrido no es una anomalía, sino un fracaso co-